

Los dones del Espíritu Santo 3

Espíritu de Piedad (2)

“El don de piedad inclinaba suavemente el ánimo de San Francisco al servicio de Dios, a la confianza filial en la Virgen, a la devoción a los Ángeles y Santos, al propio tiempo que le hacía sentir la fraternidad universal con todos los hijos de Dios y hasta con los irracionales: el hermano sol, la hermana agua, el hermano lobo.
(Fr Joaquín Sanchis)

Partiendo de la Suma de Santo Tomás podemos decir que: La piedad nos mueve, bajo la moción del Espíritu Santo, a prestar culto a Dios como Padre y es un don del Espíritu Santo”. Por lo tanto podemos decir que sentir viva y profundamente la paternidad de Dios es un don. Esto no significa sentirla sensiblemente ya que es compatible con la aridez espiritual y el sufrimiento interior.

Dice el padre Ballestero: cuando el Espíritu Santo ora desde el fondo de nuestros corazones, y en él nos hace invocar: ¡Abba, Padre!, nos permite vivir la enseñanza de Jesús, que exhortó a sus discípulos a orar a Dios con este único título: “Padre Nuestro” (Mt 6,9); por lo tanto el don del Espíritu por excelencia es la piedad filial. Por el don de la piedad queda especialmente iluminado el misterio de la paternidad y correlativamente, el de la filiación, que existe entre el cristiano y Dios, hasta convertirse en una divina certeza, por la que el alma es llevada espontáneamente a pensar en Dios como Padre, a sentirlo y amarlo como Padre.

Bajo la influencia del don de piedad, invade al alma en sus relaciones con Dios un sentimiento de cariño afectuoso y simple: es la ternura, la conmoción del niño abrazado a su padre. El don de piedad nos hace capaces del cariño propio de un niño.

En la vida espiritual, cuando más se avanza en el camino, tanto más se advierte la necesidad de la paternidad de Dios, y tanta más confianza se pone en Él. A medida que el hombre se va haciendo viejo el cristiano no se cansa nunca de sentirse hijo del Padre del cielo y sabe sacar fuerza, coraje y gozo interior de su compromiso de vivir y actuar como hijo.

Sigue el padre Ballestero: “Cuando el alma está penetrada del sentido de la paternidad de Dios, del espíritu filial, surge espontáneamente en ella otra necesidad: la de tratar a los demás como hermanos y hermanas. Es el espíritu de fraternidad, de hermandad. Dice santo Tomás: ‘El don de piedad presta culto y honor no sólo a Dios, sino a todos los hombres en cuando que pertenecen a Dios’, en cuando que son hijos de un mismo Padre”.

Por lo tanto la piedad mueve a dar y darse a los demás, es alegría de consolar, de comprender, de compadecer.

Todos tenemos, en mayor o menor medida este don que hemos recibido en la confirmación, sacramento del Espíritu Santo.

Efectos del don de piedad

Los principales efectos en el alma de la actuación intensa del don de piedad son:

1- Pone en el alma una ternura verdaderamente filial hacia nuestro Padre amoroso, que está en los cielos.

Como dice San Pablo: porque no han recibido el espíritu de esclavitud para reincidir de nuevo en el temor, antes bien han recibido el espíritu de filiación adoptiva, por el que clamamos: ¡Abbá, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios” (Rm 8,15-16).

La plegaria predilecta de estas almas es el Padrenuestro. El que cultiva este don encuentra en esta oración una dulzura y devoción especial. Santa Teresita nos dice que el Padrenuestro y el Avemaría son las únicas oraciones que la elevan, las que nutren su alma de lo divino.

2- Nos hace adorar al misterio inefable de la paternidad divina intratrinitaria.

El don de piedad, desarrollado nos hace penetrar en la vida íntima de Dios, dándonos un sentimiento vivo, transido de respeto y adoración, de la divina paternidad del Padre con respecto al Verbo Eterno. Ya no se trata de su paternidad espiritual hacia nosotros por la gracia sino de su divina paternidad eternamente fecunda. El alma se complace con dulzura en el misterio de la generación eterna del Verbo. Ante esto, el alma siente necesidad de anonadarse, de callar y de amar, sin más lenguaje que el de la adoración y el de las lágrimas. Gusta repetir en lo profundo de su espíritu la expresión del gloria de la misa: Te damos gracias por tu inmensa gloria. Es el culto de adoración de la Majestad Divina por sí misma, sin ninguna relación con los beneficios que de ella hayamos podido recibir. Es el don particular de Santa Isabel de la Trinidad.

3- Pone en el alma un abandono filial en los brazos del Padre Celestial.

Transida de un vivo sentimiento de filiación adoptiva el alma se abandona con tranquilidad y confianza en los brazos de su Padre celestial. Nada es capaz de alterar su paz inquebrantable: no pide nada ni rechaza nada lo único que desea es glorificar a Dios con todas sus fuerzas y que todos los hombres reconozcan su filiación adoptiva y se comporten como verdaderos hijos de Dios. “Nada de métodos rígidos ni de fórmulas complicadas que pudieran paralizar los impulsos de su corazón filial. Corre a Dios como un hijo hacia su padre” (Philipon).

ORACIÓN DE ENTREGA A DIOS

Padre, me pongo en tus manos,
haz de mí lo que quieras,
sea lo que sea, te doy las gracias.

Estoy dispuesto a todo,
lo acepto todo,
con tal que tu voluntad se cumpla en mí,
y en todas tus criaturas.

No deseo nada más, Padre.

Te confío mi alma,
te la doy con todo el amor
de que soy capaz,
porque te amo.

Y necesito darme,
ponerme en tus manos sin medida,
con una infinita confianza,
porque Tú eres mi Padre.

Charles de Foucauld

4- Nos hace ver en el prójimo a un hijo de Dios y hermano de Jesucristo.

Es un descubrimiento que se deriva naturalmente del de la Paternidad divina pero vivido con una fuerza particular. Es el sentimiento que desborda el alma de san Pablo cuando escribe a los filipenses: “Así, que, hermanos míos amadísimos y muy deseados, mi alegría y mi corona, perseveren firmes en el Señor”. Llena de estos sentimientos surgen las obras de misericordia hacia los necesitados. Los sacrificios al servicio del prójimo le parecen poco incluso con respecto a los ingratos. En cada uno de ellos ve a Cristo y hace por él lo que Cristo haría. Todo lo que hace por el prójimo lo hace pensando en el Padre

común transformando el servicio en un acto sublime de religión. Incluso el amor a los familiares está impregnado de esta visión sublime. Hace a san Pablo afligirse con los afligidos, llorar con los que lloran, reír con los que ríen, soportar las flaquezas y miserias del prójimo, haciéndose todo a todos para salvarlos a todos (1 Cor 9,19-22).

5- Nos mueve al amor y devoción a las personas y cosas que participan de algún modo de la paternidad de dios o de la fraternidad cristiana.

Por este don se perfecciona el amor a la Virgen, y ama con ternura a los ángeles y a los santos considerados como hermanos mayores que ya gozan de la presencia del Padre; a las almas del purgatorio, consideradas como hermanos que sufren a los que ayuda con sufragios y oraciones frecuentes; al Papa, el *Dulce Cristo en la tierra*, como le gustaba llamarlo a Santa Catalina de Siena, cabeza visible de la Iglesia y padre de toda la cristiandad; a la patria que quisiera ver impregnada del espíritu de Jesucristo en sus leyes y costumbres por la que se dejaría quemar viva como santa Juana de Arco; a la Sagrada Escritura, que lee con devoción, amor y respeto, como una carta de su Padre enviada desde el cielo; a las cosas santas, sobre todo las que pertenecen al culto y servicio de Dios (vasos sagrados, el templo, etc) viendo en ellos los elementos que glorifican al Padre. A santa Teresita le encantaba su servicio de sacristana que le permitía tocar los vasos sagrados y san Francisco encomendaba a sus frailes un cuidado especial por los objetos sagrados de la liturgia.

La impiedad

Lo contrario a la piedad parece ser la impiedad. El término impío, lo refiere la Escritura a quien no reconoce a Dios como Padre y no tiene, por lo tanto, el sentido de filiación ni sabe reconocer a los demás como hermanos, a lo sumo podrá tener un sentido de solidaridad.

Sin embargo la tradición espiritual considera sobre todo su consecuencia, subrayada y condenada por Jesús en el Evangelio: **la dureza de corazón.**

Dice el padre Lallemand: “El vicio opuesto al don de piedad es la dureza de corazón, que nace del amor desordenado de nosotros mismos: porque este amor hace que naturalmente no seamos sensibles más que a nuestros propios intereses y que nada nos afecte sino lo que se relaciona con nosotros; que veamos las ofensas de Dios sin lágrimas y las miserias del prójimo sin compasión; que no queramos incomodarnos en nada para ayudar a los otros; que no podamos soportar sus defectos; que arremetamos contra ellos por cualquier bagatela y que conservemos hacia ellos en nuestro corazón sentimientos de amargura y de venganza, de odio y antipatía. Al contrario, cuanto más caridad o amor de Dios tiene un alma, más sensible es a los intereses de Dios y del prójimo.

Esta dureza es extrema en los grandes del mundo, en los ricos y avaros, en las personas sensuales y en los que no ablandan su corazón por los ejercicios de piedad y por el uso de las cosas espirituales. Se encuentra también con frecuencia en los sabios que no juntan la devoción con la ciencia y que para lisonjearse de este defecto lo llaman solidez de espíritu; pero los verdaderos sabios han sido los más piadosos, como san Agustín, un Santo Tomás, un San Buenaventura, un San Bernardo, y en la Compañía, Laínez, Suárez, Belarmino, Lesio.

Un alma que no puede llorar sus pecados al menos con las lágrimas del corazón, tiene mucho de impiedad o de impureza o de ambas cosas a la vez, como sucede de ordinario a los que tienen el corazón endurecido.

Es una gran desgracia cuando se estiman más en la religión los talentos naturales y adquiridos que la piedad. Veréis con frecuencia religiosos, y tal vez superiores, que dirán en voz alta que hacen mucho más caso de un espíritu capaz de atender muchos negocios que de todas esas pequeñas devociones, que son, dicen, buenas para las mujeres, pero impropias de un espíritu sólido, llamando solidez de espíritu a esta dureza de corazón, tan opuesta al espíritu de piedad. Deberían pensar estos tales, que la devoción es un acto de religión, o un fruto de la religión y de la caridad, y que, por consiguiente, es preferible a todas las virtudes morales, ya que la religión sigue inmediatamente en orden de dignidad a las virtudes teologales.

Cuando un padre grave y respetable por su edad o por los cargos que ha desempeñado en la religión testifica delante de los jóvenes religiosos que estima los grandes talentos y los empleos brillantes,

o que prefiere a los que sobresalen por su ciencia o ingenio más que los que no tienen tanto de estas cosas aunque tengan más virtud y piedad, hace un grandísimo daño a esta pobre juventud. Es un veneno que se les inocula en el corazón, y del que acaso no curarán jamás. Una palabra que se dice confidencialmente a otro es capaz de trastornarle completamente”.

¿Cómo cultivar el don de piedad?

Podemos cultivar especialmente el don de piedad meditando el Padrenuestro y el Sermón de la Montaña (Mt 5,7)

Cultivando la idea fija de que estamos en la casa de nuestro Padre. Todo es nuestro: alegría y responsabilidad.

Cultivar el espíritu de hijos adoptivos de Dios

Hacernos niños, en humildad, sencillez, abandono.

Orar en todas las formas fomentando especialmente la oración afectiva.

Obrar por complacer al Padre amorosísimo.

Repetir a nuestro Padre un Sí lleno de confianza.

Entregarnos a Dios en las dificultades.

Devoción filial a María.

Cultivar la fraternidad universal. (Gal 3,28,28).

Sensibilidad ante el dolor ajeno.

Me pregunto:

¿Cómo rezo el Padrenuestro, en el que se expresa ante todo el don de piedad?

¿Cómo supero las angustias? No superarlas puede ser signo de no estar abandonado suficientemente en las manos del Padre.

¿Cómo trato a mis hermanos? La dureza de corazón se ejerce frecuentemente con las personas más cercanas.

Mi vida de oración ¿es filial o más bien servil?

Soy constante en la oración o más bien marchó con altibajos e inconstancia?; ¿cómo supero los cambios de humor en la oración?

Mi vida de oración está centrada en la Eucaristía y en la Palabra? ¿Me preparo especialmente para celebrar la Eucaristía como momento esencial de mi jornada?

¿Cómo practico la lectura orante de la Palabra cada día? ¿Acudo con reverencia y amor a las palabras de la Escritura?

¿Cómo me ayudo con las prácticas de piedad aparte de la misa y la lectio divina? ¿Tiene importancia para mí la visita al Santísimo y la adoración eucarística? ¿Qué significado tiene para mí el rosario? ¿Rezo el Via Crucis?

¿Soy consciente de que si bien puedo hacer del trabajo oración en realidad el primer trabajo es la oración misma?

Alejandro Ferreirós